

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

GRAN HOTEL Y RESTAURANT IBORRA

(ANTIGUO HOTEL UNIVERSAL Y PARIS)

Establecimiento de primer orden, situado en el mejor y más pintoresco sitio de la capital.—MURCIA.

Fotografía de J. Laverdure

RUIPEREZ NUM. 7.

Se ha reanudado el trabajo en este gabinete fotográfico.—Amplaciones —Platinos.—Postales.

Gabinete Electroterápico

CONSULTA de las enfermedades de los OJOS

DOCTOR CUADRADO

SOCIEDAD, 10

Horas de consulta: De 10 á 12 de la mañana y de 4 á 6 de la tarde

Rayos X.—Sociedad, 19, principal.—Rayos X

AL DIA

LAS SUBSISTENCIAS Y LOS LIBERALES

Cualquiera que coja en sus manos el «Heraldo» y «El Imparcial» creará que estos periódicos están muertos de angustia y de espanto al ver cómo avanza la sombra siniestra de este problema, cada vez más pavoroso y alarmante.

Si no los conociéramos!

Pero son ya viejos ambos rotativos y no todos sus lectores son tan jóvenes que desconozcan hasta dónde llegan sus alarmas y entusiasmos.

No se trata nada más que de un arma política que ahora les place esgrimir contra el Gobierno.

El primero, á impulso de sus fieras impacencias por ver el poder en manos de su hombre, de Canalejas, y el segundo, amargado por las pretericiones que ha sufrido el suyo, el pantanoso Gasset, no tienen inconveniente en tomar como instrumento, el uno de sus ambiciones y el otro de sus venganzas, nada menos que las indigencias calamitosas que afligen á la gran masa del país.

Es verdad que el Gobierno actual no ha hecho nada por evitar el conflicto y que tampoco, hasta ahora se ha atrevido á otra cosa que á darle fe de vida con la nueva frase de Maura: «Hablemos de subsistencias».

Pero ¿qué solución proponen esos órganos de la opinión de sus respectivos partidos políticos?

Tenemos la de siempre en los partidos gubernamentales que aspiran al famoso turno.

Mucho lamentarse de las deficiencias gubernamentales de los enemigos que gozan del poder, mucho atribuirles todas las calamidades que padezca la nación, mucho rasgarse las vestiduras porque no los dejan libre para ellos la «Gaceta», pero soluciones determinadas, remedios oportunos, líneas de conducta concretas y positivas, de eso no hay que hablar; el caso es obtener el poder y después... después obrarán como les parezca.

Así hablan los hombres del partido liberal, así hablaron Montero y Vega de Armijo, así habló Canalejas en Pamplona y lo mismo se explica Moret.

Todo se reduce á los lugares comunes del clericalismo y la reacción, de la cuestión económica no solucionada, de la cuestión internacional de Marruecos casi ó sin casi en pleno fracaso.

Pero ni hemos podido averiguar donde está ni en qué consiste concretamente el clericalismo de este Gobierno, ni qué van á hacer ellos cuando lo sustituyan, en todas esas cuestiones cuya falta de solución los hace gritar con tan desesperada furia.

¿Qué títulos pues, ostentan estos hombres y estos partidos para ocupar el poder? ¿Acaso las negaciones pueden constituir jamás un programa de Gobierno?

El problema de las subsistencias es demasiado grave para servir meramente de arma demolidora, y ni se puede ni se debe estar en el Gobierno sin tener una solución definida, ni se puede subir á él sin llevar medios seguros y definidos para conjurar el conflicto.

El invierno se acerca y con él las negruras del peligro.

Más que cambios de Gobierno y embuteos de política, urge que los hombres públicos y los partidos políticos—ya que nos vemos precisados á soportarlos—depongan sus ambiciones y rencillas para poner la vista en los males que es necesario remediar y en la bienandanza que pueda proporcionarse al país.

Mientras esos hombres y esos partidos no hagan esto, los pueblos tendrán derecho á desconfiar de todos, y ellos no podrán quejarse de que se les crea movidos solamente por intereses vituperables y no preocupados por el bien de la patria.

VETUSTERIAS

EL CAFÉ HELVÉTICO

II

¿Que el rico y aromoso producto ultramarino es mejor y más económico en casa?, no lo ignora nadie; pero no «sabe» tan bien, porque necesita de la alegre y ruidosa carcajada, de la murmuración, de la frase chispeante subidita de color, del jolgorio, de la chirigota saturada de sal ática, del «infundio» ó «canard»—como «hemos convenido» en decir ahora los traspirinaicos falsificados—que corre de mesa, en mesa, de las discusiones artístico-literarias y políticas, y hasta de la calumnia que con la sonrisa en los labios se oye lanzar impasiblemente emulando á Maquiavelo contra Fulana ó Mengana que luce á diario lujosos trajes en teatros y paseos, gracias á la esplendidez de un... «amigo» íntimo; salsa que sazona y hace mas grato y sabroso al paladar

ese superfluo é innecesario plato á la vida que cognominamos café y que no es otra cosa—salvo raras excepciones—que una infusión de jarabe de achicorias ó extracto de regaliz y azucar quemada.

Pero no divaguemos.

El café Helvético por la época señalada, se hallaba situado en la calle del Príncipe y la del Prado, y no es aventurado asegurar que su proximidad al corral de la Pacheca, fuese causa bastante para congregar en él, lo más granado en literatura, el periodismo y la dramática española.

Y pues consignado queda al correr de la pluma el nombre del corral de la Pacheca, voy á permitirme transcribir á continuación lo que asegura el escritor Ortiz en sus «Noticias históricas», para que mis lectores puedan formarse una ligerísima idea, de lo que era el teatro á principios del siglo XVII, hace 296 años y lo que es en la actualidad.

«En el año 1608 reinando Felipe III la entrada al corral de la Pacheca costaba cinco cuartos, cuatro por el asiento y uno por la entrada, cuyo producto se aplicaba al sostenimiento de los niños expósitos y del hospital y en donde se representaban farsas de gran tramoya, donde salían ángeles, diablos, tragos, brujas, gnomos, sátiros, ciegos, monstruos alados y una porción de animales de diferentes especies.»

Hecha esta digresión histórico-erudita, prosigamos.

Dividíase el local del referido café en dos salones, uno que recibía las luces de la calle del Príncipe y otro que las tomaba de la calle del Prado.

En el salón del primero, veíanse dos hiladas de mesas de mármol, colocadas la una enfrente de la otra. Llamábase la de la izquierda el «Congreso» y la de la derecha el «Senado». En las mesas de éste se reunían literatos, periodistas, autores y políticos, y en las de aquél poetas jóvenes que hábidos de gloria, luchaban titánicamente por conseguirla sin otras armas que el talento y la fuerza de voluntad, los que enlazados en fraternal abrazo por la noble ambición de conquistar un nombre, haciendo un pequeño paréntesis á la pravedad de la vida ante una taza de